

## **E. Castelar y F. de Paula Canalejas. Don Alfonso el Sabio.**

Páginas: 53-55,70,89,109,111,150,160,166,188,227,243,246-249,266-270,365,368,369.

Acompañaba al infante un caballero de Pampliega llamado Pero Martínez. Al servicio del infante D. Manuel en otros días pero con su carácter que se alzaba siempre por cima de lo ordinario, anhelando de continuo hechos donde desarrollar su perspicaz ingenio y torcido intento, desaveníase él por demás, genio apático del buen infante; así que pasó al servicio de D. Enrique el cual hizo de él la mas alta estima y pronto llegó á ser la vida de su existir y la fuerza de su ánimo. Conoció cual era la situación de D. Diego adivinando sus deseos, así que seguro de asentar la planta en terreno conocido, exclamó:

¿Y bien, cual se os aparece la escena del día de hoy en el alcázar?

...

D. Enrique en estas aventuras no obraba arrastrado por su voluntad, sino por la siniestra mano del caballero de Pampliega, que trastornaba su mente, atizando su ambición. Era el infante de ánimo altivo; y su amigo le mostraba aquel trono acatado por las naciones, a cuyos pies yacía agonizante; y devorada por sus placeres la sultana Granada, con su sonrisa de hurí, y su diadema de rosas; era guerreador y pendenciero; y el de Pampliega le unía á la nobleza para enseñarle a afilar su cuchilla antes del combate; pero era leal y no entendía de ocultas maquinaciones, hasta que aquel maligno genio se apoderaba de su espíritu y le envolvía en las tinieblas; alumbrando el tortuoso camino de la rebelión con los relámpagos de sus crímenes. La historia de Dalanda, cuyo recuerdo escuchara aterrado el judío, había sido revelada al infante por el de Pampliega, porque en ella jugaba el malhadado caballero un sangriento y horroroso papel, cuyos pormenores revelaremos en el trascurso de esta crónica. Pero volvamos a ver el nuevo personaje que en la escena se presenta. ...

...

En aquel momento presentose lúcido escuadrón a las puertas de la tienda, acompañando al alcaide moro, que acatando las órdenes de su monarca ponía en sus manos te llaves de la ciudad,

Tomad, Dios y el rey lo quieren.

Montó a caballo D. Enrique y penetró en la antiquísima población. Los soldados aclamaron su nombre, la plebe se indinaba ante su paso. A su derecha marchaba el adelantado de Castilla y a su izquierda su inseparable el de Pampliega. Mientras el adelantado en nombre del rey de Castilla tomó posesión de la villa, murmuraba Pero Martínez.

¡Cuan grandioso es ese poder que proclaman! todo obedece a su voz, tierra y hombres y el aire se apresura a repetir sus glorias. En efecto, en aquel momento resonaba el aplauso del ejército contestando a los vítores del de Guzmán.